



## ¿Por qué nos atrae tanto la novedad?

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 26/06/2014)

Nos mueve la novedad, nos seduce, incluso nos desorienta. ¿Que vemos en ella, qué deseos proyectamos cuando pronunciamos "nuevo"? Una actitud que valora lo que tiene que llegar por encima de lo que ha llegado. Si estiramos el hilo la podemos rastrear en los puntos característicos que marcan el pensamiento occidental, desde el Nuevo Testamento al Nuevo Mundo hasta llegar a la Nueva Era, rebautizada ahora como Nueva Conciencia. Inmersos, por supuesto, en las nuevas tecnologías, el arte de la novedad (más que la novedad del arte) y rodeados de trastos que, más allá de facilitarnos la vida, nos reafirman nuestra firme creencia en los prodigios de lo nuevo.

Cerremos los ojos por un momento y visualicemos dos palabras: primero NUEVO, después VIEJO. Seguramente, la mayoría hemos cambiado de expresión con las sensaciones que nos despiertan dos conceptos que queremos opuestos. ¿Cómo ha influenciado culturalmente el paradigma del Nuevo Testamento en este culto a la novedad? Alejandro Gándara, que ganó el 26º Premio Anagrama de Ensayo con *Las primeras palabras de la creación*, sostiene lo siguiente: "El sistema más habitual para no mirar hacia atrás ni hacia adentro es convencer a los demás para que hagan lo mismo... La lectura de los cristianos de lo anterior consiste en una censura y en la imposición de un corpus sagrado de fundación completamente nueva. El Antiguo Testamento se precipitó al pasado y el Nuevo se apropió casi exclusivamente de la verdad revelada. El tiempo fue cortado con un golpe seco y con él la actitud tradicional frente la escritura."

¿Empieza aquí el génesis cultural de esta intención para hacer *tabula rasa*? Al menos es un buen punto de partida para cambiar la mirada sobre la fractura del tiempo y encontrar esta reconciliación temporal: "No se puede separar el Antiguo Testamento del Nuevo Testamento –asegura el teólogo y biblista Josep Rius-Camps–. No se deberían hacer ediciones separadas del Nuevo Testamento, se debería editar siempre la Escritura seguida, porque pasado y presente tienen que ir juntos. Incluso se debería prescindir de etiquetarlos como 'Antiguo' y 'Nuevo': hay un único Testamento" (en Ignasi Moreta, *Converses amb Josep Rius-Camps*, Fragmenta, 2014).

## Sin fronteras rígidas entre el antes y el después

En otras tradiciones religiosas, esta sobredimensión de la novedad es sospechosa o incluso ilícita. En el islam, por ejemplo, se insiste mucho que el Corán no es más que un recuerdo de las máximas

atemporales y universales, y el mismo Profeta anuncia: "No soy una novedad entre los mensajeros". El Tao Te King nos dice: "Llegar lejos significa regresar al punto original". El denominador común de la espiritualidad tradicional es la conciencia de un tiempo sagrado que no distingue entre nuevo y viejo. Raimon Panikkar lo define como *tempiternidad*, es decir, "una presencia que abarca los tres tiempos y su centro" y donde la esperanza "no es de futuro, sino de lo invisible".

Una de las manifestaciones más evidentes de esta forma de percibir el tiempo puede observarse en las artes. Tendemos a pensar que sin innovación no existe ninguna propuesta creativa y todo lo que no encaja en esta definición es relegado a folclore o artesanía, dos términos cargados de estigma, a la sombra del Arte en mayúsculas. En 1938, en plena vorágine del arte moderno occidental, el erudito indio Ananda K. Coomaraswamy escribió un comentario que sigue siendo válido hoy en día: "Al igual que una primavera sucede a otra primavera sin monotonía, así también el pueblo que ha transmitido diseños idénticos de generación en generación, durante milenios, sigue produciendo cosas del mismo tipo que nunca son iguales. [...] Cuanto más se contrae la naturaleza del hombre y se identifica con la variedad, más nos acercamos a una mentalidad de rebaño y al mínimo común denominador".

Incluso la expresión "más vale loco conocido que sabio por conocer", que en principio parece desmarcarse del culto de la novedad por la novedad, mantiene este paradigma al situar el sabio en el futuro y el loco en el pasado. De lo que se trata, sin embargo, es reconocer que más vale sabio conocido que loco por conocer (para llegar a los máximos: más vale sabio conocido y sabio por conocer...).

### **Integrar lo nuevo**

No se trata de renunciar a cualquier propuesta de innovación ni estancarnos en creencias momificadas donde nada fluye. El ejemplo lo tenemos en nosotros mismos y en los horizontes más lejanos, es decir, en la biodiversidad de los ciclos naturales: como cada primavera, optemos por la renovación que vivifica la tierra, pues tan necesarias son las contracciones como las dilataciones. Ciclos lentos, pacientes, que responden a necesidades vitales. Respetuosos con el propio cuerpo y con la tierra, sin roturas drásticas ni ofertas milagrosas de última hora. Dar más crédito a algo sólo porque incorpora el anunciado "¡Nuevo!" funciona como estrategia de consumo, pero nos aleja del equilibrio necesario.

No es casualidad que con las ansias de novedad cada vez más generalizadas, y donde es fundamental el papel de las "nuevas" tecnologías, desarrollemos falta de memoria, desconcentración, ansiedad y estrés, además del rechazo predominante a formas de vida que no contemplan el culto a la novedad y a quienes no contienen este elemento (pensemos en los ancianos y el papel que ocupan en la sociedad). En el entramado de la vida, los tiempos acotados (pasado, presente y futuro) no son tan obvios como algunas propuestas ideológicas aseguran. En el atletismo, la carrera de relevos implica saber esperar, mirar hacia atrás, formar parte de un trayecto conjunto y empezar a moverse por uno mismo para llegar al otro: acciones diversas, pero con un orden específico. Y en equipo.